

Infancia trágica

Es en Rusia; allá, donde terminan las líneas del tranvía y alambra de trecho en trecho las llamas de los faros de gas, que oscilan en la obscuridad de la noche... un grupo de mujeres ancianas, envueltas entre miserables harapos, acurrucadas junto a una empalizada y muy cerca de su establecimiento ambulante, atienden a su clientela, teniendo sobre sus rodillas, un cesto de negro pan ordinario, de legumbres y alguna fruta seca. De pronto se levanta una de ellas bruscamente y grita desahogado con enorme pánico: «Besprisonnye!!... y todas a una cogen sus cestitas y se ponen a huir corriendo a todo correr, gritando: auxilio!, auxilio!... que vienen los vagabundos...! y efectivamente, se presenta de improviso una banda negra de chicuelos. Uno cincuenta descamiados se disponen a cazar a las pobres vendedoras; otro grupo cierra el paso de la calle, y ellas se agrupan y para huir de la brutal rapiña de cientos de manos, dejan sin más sus cestas y mercancías y se alejan llorando. La turba de los chicuelos, después de una furiosa lucha, se reparten el botín y lo devoran; en el campo de batalla reina el silencio; dos guardias, vestidos de uniforme rojo, preguntan: ¿Os han robado? mujercitas —hay que perseguirles, dicen gimiendo las pobrecillas. Para qué? responder, encogiendo de hombros, los representantes del orden; sería como querer cojer los pájaros con un puñado de sal; se pueden cojer dos o tres a lo sumo, pero apresar a todos, es imposible, además de que es peligroso. Por la cuenta que os trae, sed benignas... porque estos rapazuelos tienen sangre envenenada y si muerden a uno en la mano, ya está despachado.

Esta escena no es una juvenación, es un pálido reflejo de la

realidad; y ¿cómo se explica que la infancia rusa haya caído en un grado tal de abyección?... Nos lo explica Henri de Korb en una minuciosa encuesta sobre la vida de Moscu, recientemente publicada. La razón profunda, observa el escritor, estriba toda ella en el régimen soviético bolchevique; el abandono de los niños en Rusia, es una consecuencia inevitable de las teorías puestas ya en práctica, que han arrancado a todo un pueblo su religión primitiva, que han destruido el espíritu de la familia y las nociones más rudimentarias y elementales de la moral y del deber.

En país comunista, donde está permitido el divorcio a capricho de los cónyuges, es natural que la sucesión llega a ser ante todo un estorbo; a los niños que no encuentran ya ningún puesto en el corazón del padre o de la madre, no les queda más que un recurso: correr por esas calles a robar lo que pueda serles útil. A los catorce años un niño está autorizado para presentarse en un puesto oficial y declarar: mis padres me pegan, yo les repudio... Los que todavía no han cumplido catorce años, después de la primera reprobación recibida de sus padres... pues toman el oficio de «vagabundos»; y así es como viven la propia vida suya.

Fatalidad de las cosas; los comunistas, los mismos jefes comunistas están palpando y sufriendo las consecuencias de sus «teorías» destructoras; y se citan y se refieren casos parecidos de hijos de ricos y de corifeos comunistas, que un día abandonaron el lujoso hogar para unirse a los descamiados goifos callejeros, atraídos por su malvada conducta. No puede imaginarse infancia más trágica: el bolchevismo la ha envenenado definitivamente; y se trata nada menos que de 7 millones de niños fatalmente arruinados, tristemente perdidos de alma y de cuerpo.

ARGENSOLA

La confesión parece una carga intolerable

¿La confesión degrada al hombre?

Dice que es rebelarse a tener que decir un hombre a otro sus pecados. ¿Qué fundamento hay para decir la cosa? ¿No vemos a cada paso que uno que falta, cuando le llega la hora buena de la luz, de la razón, de la formalidad, busca a un amigo, a un padre, a una persona sincera para desahogarse y decirle lo que ha hecho, y pedirle consejo, o siquiera consuelo? Eso es lo más ordinario en la vida. Eso lo han tratado y alabado los filósofos como necesidad filosófica y racional del hombre; eso lo hemos practicado todos con otros hombres. Luego no degrada el declarar a otro nuestras culpas.

Dicen que qué autoridad tiene un hombre para exigir la confesión de otro y para perdonarle sus culpas. Ninguna de suyo; pero, si se la da Dios, tiene la autoridad de Dios, y Dios se la ha dado, como se prueba con el Santo Evangelio. Aquí está el quid de la cuestión. Y por eso mismo la confesión es menos degradante, porque no se confiesa el penitente a un puro hombre sino a un delegado de Dios, a un representante de Jesucristo. Oye su voz: «A quien perdonéis, perdonaremos en el cielo, y a quien no perdonéis no perdonaremos en el cielo». Se acabó. Tú averiguas si dijo ó no dijo esto Jesucristo, y luego no pienses que es degradante hacer lo que él dijo, y... confésate.

Excelencias de la confesión. —Al contrario, la confesión, lejos de degradar al hombre, es la institución más sabia y educadora que hay en la tierra, y tal, que sólo Dios pudiera haberla instituido.

Y para que no digas que lo decimos los católicos, te voy a poner lo que decía Leibnitz, un protestante, que es uno de los famosos sabios que ha habido: «Ciertamente, dice él, si hay alguna cosa bella y digna de alabanza en la religión cristiana, es la institución de la confesión admirada hasta por los chinos y japoneses. La necesidad de confesarse, aparta a muchos del pecado, y proporciona a los caídos gran consuelo. Y estoy persuadido de que un sabio, piadoso y legítimo confesor, es un gran instrumento de Dios para la salvación de las almas. Y si en la tierra apenas puede hallarse cosa mejor que un fiel amigo, ¿qué diremos si ese amigo está obligado por la inviolable ley del Sacramento a guardarnos fidelidad y a prestarnos ayuda?».

R. S. J.

Aumenta el alcoholismo

Moscu.—En Rostov, durante el segundo semestre de 1928 se han vendido 2 500,000 botellas de aguardiente, o sea más de seis botellas por habitante, incluidos los niños de todas las edades.

Se ha pedido autorización para la apertura de 11 establecimientos más de venta de licorres.

Se hace notar que los directores de la Rusia soviética al subir al Poder suprimieron la venta de alcohol que consideraban entonces como una de las taras del régimen zarista.

Imp E. Garrido